

Hacia la revisión del plan Dawes

Ginebra, 1928.

Dar y recibir.

NO hay persona que no esté de acuerdo en que la paz europea depende de un buen entendimiento entre Alemania y Francia. Los primeros convencidos son los alemanes y los franceses, quienes además—y a menos de ser ciegos como Maurras o enfermos como Daudet—tienen que comprender que mientras las desconfianzas y los motivos de tirantez se mantengan no habrá la menor posibilidad de desarrollo normal ni de estabilidad de ninguna clase.

Briand y Stresseman lo saben mejor que nadie. De ahí que, exponiéndose a todo, hayan iniciado en Locarno y continuado en Theiry y Ginebra una política de acercamiento y conciliación que, aún hoy, desorienta a buena parte de eso que se llama la opinión.

Pero esta política, criticada por unos hasta la injuria y aplaudida por otros hasta el ditirambo, no consiste—como parece o finge creerse a menudo—en una cruzada de discursos pacifistas y cristianizantes.

El Ministro de Relaciones del Reich, lo mismo que Monsieur Briand son hombres demasiado inteligentes y sabidos para ignorar que los discursos sobre la paz y la fraternidad—excelentes desde todo punto de vista—se hallan lejos de ser el todo.

Los arreglos y tratados entre naciones son cosas tan materiales y positivas como los contratos entre comerciantes. Se da y se recibe al mismo tiempo. De otro modo no se da nada.

Hasta aquí, este dar y recibir ha sido sumamente limitado entre los enemigos del año 14.

Ello explica que el acercamiento franco-alemán (que, a pesar de cuanto se diga, no deja de ser sólido) se debilite con extraordinaria facilidad y, a ratos, atraviese rudas y peligrosas crisis. Es que—según se desprende de todas las experiencias—si los problemas internacionales no se resuelven de una vez e integralmente, dejan inyectada en los países litigantes una gota de veneno que puede llegar a intoxicar todo un organismo.

Tal parece ser el caso de los protagonistas centrales de la última guerra.

«El reglamento de las relaciones entre Francia y Alemania—acaba de decir un diplomático francés—debe ser total. Nosotros no podremos hacer una política conveniente en Europa mientras Alemania sienta pesar sobre ella toda clase de limitaciones. Es preciso arreglar esto «d'un coup».

«Por otra parte, nadie hará comprender jamás a un francés que, después de haber sido devastado durante cuatro años, su país tiene que pagar él mismo las reparaciones.

«Lo que es indispensable es encontrar un sistema que resuelva a un tiempo el plan Dawes y la cuestión de la evacuación. Para ello basta que Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos se pongan de acuerdo».

Un aspecto de la interdependencia de los pueblos.

Ponerse de acuerdo... Esto se dice fácilmente. Otra cosa es cuando se trata de obrar.

Si se piensa bien, se ve que Francia y Alemania no constituyen los elementos difíciles del problema. La evacuación de la Renania, que en el espíritu alemán es el eje del asunto y a la cual Stressemann parece haber subordinado todo, es aceptada hoy hasta por el propio Poincaré,

La dificultad empieza cuando se pesan las condiciones y las compensaciones de la evacuación.

«Los hombres de Estado franceses—escribe el «Journal de Genève»—no se han negado nunca a considerar un retiro antici-

pado del ejército de ocupación. Mas han preguntado a Alemania: ¿Qué nos darán ustedes en cambio?

M. Stresseman respondió en Theyry: Suficiente dinero para que ustedes puedan estabilizar el franco...

Y el redactor del diario ginebrino agrega: «Esta promesa, que entonces no carecía de valor, no llegó a cumplirse por razones independientes de la voluntad alemana. En efecto, las *obligaciones* de los ferrocarriles, sobre las cuales descansaba la operación, no pudieron ser colocadas en Estados Unidos debido a que Francia rehusó ratificar el acuerdo Mollen-Berenger sobre las deudas inter-aliadas».

Así enunciando el problema, se ve netamente que la evacuación de la Renania no es sólo problema franco-alemán, que ella está íntimamente ligado al pago de las reparaciones y que este, a su vez, se halla subordinado a la reglamentación de las deudas, o sea, a la actitud de Norte-América.

Hasta hoy los Estados Unidos no han querido entender que exista solidaridad entre aquellas y estas. Por su parte Francia se ha negado a aceptar la posibilidad de una disminución de las reparaciones. «Así, en 1924—anota el diario antes citado—, a pesar de haberse disminuído las anualidades que Alemania debía pagar, nadie osó—por miedo a la opinión francesa—reducir la cifra teórica de su deuda, fijada en 132 millares de marcos».

Y bien, Alemania puede pagar tal suma más los consiguientes intereses.

Una respuesta.

En Europa la totalidad de las pupilas se vuelven hacia Mr. Parker Gilbert, agente general de las reparaciones y única persona—al parecer—que puede dar una respuesta técnica, vale decir, justa.

Ahora bien, en estos mismos momentos, todo hace creer—empezando por el discurso de M. Poincaré en Carcassone—que Mr. Parker Gilbert se encuentra convencido de la impo-

sibilidad de que Alemania pueda pagar la cantidad que se le fijó como deuda de guerra.

Si es posible tener alguna confianza en los rumores circulantes y si la interpretación no desmentida del discurso de M. Poincaré puede aceptarse como lógica, no cabe la menor duda de que el agente general de las reparaciones gestiona actualmente ante los gobiernos interesados la rebaja del capital y de las anualidades de la deuda a una cifra que pueda ser soportada por la economía alemana.

Mr. Paul Scott-Mowrer, corresponsal parisiense del *Chicago Daily News* ha dado sobre el plan de Mr. Parker Gilbert las siguientes informaciones:

«El total de las reparaciones debidas por Alemania sería reducida a ocho millares de dólares. Esta suma se dividiría en dos mitades: la primera se entregaría a Estados Unidos como pago total de las deudas de guerra; la segunda a Francia y Bélgica como pago de las reparaciones. Inglaterra renunciaría a 600 millones de dólares que se le adeudan y en cambio le sería cancelada su deuda a Estados Unidos. Estos recibirían 4 millares de dólares en lugar de cinco. Francia y Bélgica, 4 en lugar de seis. Los aliados evacuarían las provincia renana y darían término al control financiero sobre Alemania.

«La suma de ocho millares de dólares sería cubierta por una emisión alemana de obligaciones industriales y ferroviarias colocadas en el mercado mundial, sobre todo en Estados Unidos, con la garantía de todas las potencias interesadas».

El mismo corresponsal afirma que Francia e Inglaterra están ya de acuerdo sobre el particular, que las objeciones alemanas no son invencibles y que actualmente, Mr. Parker Gilbert sondea al gobierno de Italia.

Quedan los Estados Unidos... Una vez más, el futuro del mundo depende de ellos.